

poleón Dillon; así como soldados y trabajadores que permanecen anónimos. Para ello, esperamos que el Taller de Historia de la Salud que mantiene el Área de Salud de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, en cuyo marco se ha producido esta obra, publique pronto el anunciado libro colectivo sobre los procesos y personajes de la etapa juliana, tan importante en nuestra vida nacional, cuando en medio de una crisis, los trabajadores irrumpieron en la escena pública, y la sociedad toda comenzó a pensar por primera vez en la justicia social y en que el “hombre proletario” es actor central de la historia.

Enrique Ayala Mora

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

ROBERTO CHOQUE CANQUI Y CRISTINA QUISBERT QUISPE, ***HISTORIA DE UNA LUCHA DESIGUAL. LOS CONTENIDOS IDEOLÓGICOS Y POLÍTICOS DE LAS REBELIONES INDÍGENAS DE LA PRE Y POST REVOLUCIÓN NACIONAL***, LA PAZ, UNIDAD DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS UNIH-PAKAXA, 2012, 259 PP.

Hace varios años Roberto Choque Canqui inició, con su ingreso a estudiar historia en la universidad, la recuperación de la memoria del mundo indígena. La diversidad de trabajos sobre la participación del indígena en la sociedad colonial, primero, en la republicana boliviana, luego, nos permite seguir los hilos de esa historia trazada por Roberto Choque. Desde los trabajos sobre la participación de los caciques indígenas del período colonial, pasando por la masacre de Jesús de Machaca, o ese trabajo no profundizado sobre la República del Kollasuyo, que ligados a su tesis de maestría “Los contenidos ideológicos y políticos de las rebeliones indígenas de la pre-revolución de 1952” nos muestran el interés, y principalmente el método, por el que busca explicar ese proceso histórico en el que los actores centrales son los indígenas. No debemos olvidar los dos trabajos realizados junto a Cristina Quisbert, *Líderes indígenas aymaras* e *Historia de la educación indígena en Bolivia*, y a este último trabajo que nos referiremos en esta reseña.

El libro, como nos dicen los autores, “constituye una investigación comprendida tanto la historia indígena anterior y posterior a la Revolución de 1952, cuyo objetivo está dirigido a analizar los diferentes escenarios y mecanismos de lucha empleados por los indígenas”. El trabajo está dividido en cinco grandes temas que, cronológicamente, abarcan los siglos XX y XXI, aun cuando efectúan, a manera de introducción, un análisis de las rebeliones indígenas de fines del siglo XIX.

Los autores narran cómo las élites culturales de las nacientes repúblicas de la América andina trataron de interpretar su proceso de formación cultural. La descripción del indio en la literatura de esos países estuvo atravesada por

el debate político sobre el “problema indígena”, discurso que surgió en el contexto de una lucha política entre las élites dominantes de la sociedad de los nuevos países andinos, donde las coyunturas políticas del Ecuador, Perú y Bolivia dieron lugar a diferentes debates. La visión predominante fue la de la oligarquía terrateniente, cuya explotación se justificaba con o sin desprecio por la raza indígena. Los representantes de esas élites culturales transformaron el discurso político en narrativa indigenista e impulsaron un primer reconocimiento político del indio.

Desde una lectura muy propia, Roberto Choque y Cristina Quisbert mantienen que el objetivo fue concentrar las propiedades agropecuarias en pocas manos, de los blancos o mestizos. Entonces, habría que entender por qué la corriente positivista boliviana empezó a reagrupar en su entorno el interés de las élites criollas por el darwinismo social. Las élites sociales aplicaron esa propuesta buscando mostrar sus aplicaciones sociológicas como una promesa de progreso, porque la evolución de la humanidad no admitía ningún retroceso, siendo el grupo dominante siempre el mejor. Los dirigentes criollos buscaron la industrialización de Bolivia. Ambicionaban a llegar a ser propietarios agrarios. Para ellos, su estatus social estaba ligado a su condición de ser hacendados. De acuerdo a los autores: “podemos afirmar que, la participación indígena en esa contienda, entre otras cosas, tuvo el propósito de buscar un proyecto hacia una sociedad no excluyente que respetase las estructuras sociales propias en base al ayllu y la comunidad originaria y la instauración de un gobierno propio”. En los hechos, esto no fue posible dada la represión de los nuevos gobernantes quienes se inclinaron a velar por los intereses de la oligarquía dominante. La exclusión indígena continuó sin mayor variación, aunque después se registraron algunos cambios para los indígenas, pero bajo nuevos mecanismos de lucha.

Ya entrando en sus propuestas para analizar el siglo XX, Choque y Quisbert nos muestran la importancia del movimiento cacical y las rebeliones que se dieron antes de la “guerra del Chaco”. Vienen a la mente entonces las propuestas iniciales que hiciera Roberto Choque en sus trabajos sobre Jesús de Machaca y su tesis de maestría sobre los movimientos indígenas antes de la guerra con el Paraguay y la educación indígena. De ello se desprenden dos ejes que a los autores les permiten explicar sus propuestas: por un lado los llamados caciques apoderados y, por otro, la educación indígena.

El movimiento indígena asumió nuevos mecanismos de lucha: primero, la adopción del liderazgo de los caciques apoderados como representantes de las comunidades originarias ante las autoridades gubernamentales, especialmente para gestionar las demandas de los comunarios del respeto a las tierras comunitarias y la creación de escuelas indigenales en los ayllus; y, segundo, la participación de los preceptores indígenas en la defensa de tierras comuni-

tarias y el establecimiento de escuelas de alfabetización para niños y jóvenes, tanto en las comunidades como en los centros urbanos. A fines del siglo XIX y comienzos del XX, empezaron a circular ideas socialistas en los círculos intelectuales peruanos, quienes –articulados en una asociación– introducirán esas ideas en Bolivia.

La Asociación Pro Indígena fue un movimiento contra la agresión teórica y práctica de la oligarquía “limeña” que demandaba el exterminio de los indios anexando sus bienes comunales a sus haciendas y apropiándose de su fuerza de trabajo, estaba bajo la dirección de Pedro Zulem y Dora Meyer, esta última considerada el nexo de un antiguo grupo de clubes literarios limeños que, a través de la novela, buscaban reivindicar al indio (donde resaltaron las figuras de Juana Manuela Gorriti, Lucas Jaimes y Carolina Freire) con las nuevas ideas socialistas que ingresaron al Perú.

Para los miembros de la Asociación, la educación era la parte más importante de su ideal, por lo cual propiciaron conversaciones en torno al tema. Uno de los personajes que tuvo influencia en el pensamiento indigenista boliviano, en la primera década del siglo XX, fue el apoderado de los indígenas de Chucuito, Teodomiro Gutiérrez Cuevas, más conocido como el Rumimaki.

Los autores sostienen que el indígena no fue considerado ciudadano boliviano por su condición de analfabeto y, por consiguiente, no podía reclamar sus derechos a la educación ni a la participación política, en calidad de elector y elegido, en igualdad de condiciones con los demás miembros de la sociedad civil. Aspecto que es resaltado, destacando la propuesta de Eduardo Leandro Nina Quispe en la constitución de la Sociedad República del Kollasuyu, que interpeló a la constitución social de la nación, porque la comunidad indígena no fue reconocida como parte integrante de la sociedad civil.

El establecimiento de las escuelas indígenas en Bolivia fue una de las acciones educativas de mayor importancia en la historia de la educación indígena. Entre estas escuelas se destacan las escuelas normales rurales que se fundaron en varias regiones del país.

La historiografía boliviana ha resaltado que la “guerra del Chaco” permitió la integración boliviana porque ese episodio bélico juntó a blancos, mestizos e indígenas. Pero, como nos cuentan Roberto Choque y Cristina Quisbert, la “conscripción” fue un verdadero dilema para la población indígena y provocó su sublevación. Se empleó al ejército para capturar a todos los indígenas implicados en las sublevaciones contra sus patrones y las autoridades locales. Muchos fueron arrancados de sus hogares para ser enrolados inmediatamente en el ejército y marchar a la guerra. En este acápite no puede olvidarse la actuación de quien presidía la “Legión Cívica”, el padre Ibar Ramírez, sacerdote mexicano que combatió en la guerra de los cristeros y que fue expresamente traído por el gobierno boliviano para dirigir la “Legión” con el fin de “reclutar

a la población indígena”. Los viejos habitantes rurales todavía recuerdan cómo el cura hacía cavar sus tumbas a los indígenas rebeldes, antes de pasarles metralla.

Las sublevaciones indígenas, la conscripción y la “guerra del Chaco” convivieron en esos años. Mientras los sindicalistas de los centros urbanos, de corriente anarquista, avanzaban hacia una coparticipación con los indígenas en la lucha por las reivindicaciones sociales y económicas, las relaciones de la Federación Obrera Local (FOL) con los caciques indígenas se habían puesto de “manifiesto en la labor de apoyo e información que prestara a su lucha el periódico *Humanidad*.

En lo que denominan las rebeliones de la posguerra, los autores muestran algo poco conocido: la formación del sindicalismo agrario antes de la llamada reforma agraria, en relación a tres factores: la vinculación del movimiento indígena con las organizaciones del movimiento obrero y artesanal de tendencias anarquistas, en la segunda década del siglo XX; la relación del proceso educativo con la defensa de tierras comunitarias y la lucha contra patrones de haciendas, de forma que los colonos podían organizarse en sindicatos agrarios para defender sus derechos sociales y económicos; y los cambios políticos y sociales posteriores a la “guerra del Chaco” que orientaron al movimiento indígena hacia otras formas de organización, en procura de sentar las bases sociales y políticas de un movimiento popular en Bolivia. En este capítulo se mencionan aspectos relacionados al Primer Congreso Indígena Boliviano de 1945, en el que se discutieron cuatro puntos importantes: la supresión de servicios gratuitos; la educación indígena, cultura agraria y social; la reglamentación del trabajo agrario, y la organización de la policía rural.

La revolución de 1952 marcó un paradigma en la historia boliviana que introdujo cambios para la consecución de la vida boliviana, entre ellos la reforma agraria. Los políticos se mostraban muy susceptibles a una reforma agraria porque afectaba los intereses de la sociedad rural boliviana, es decir, de los terratenientes. El problema agrario implicó la lucha por la tierra de indígenas y hacendados. Los partidos políticos de derecha e izquierda proponían solucionar la “cuestión agraria” con una reforma que convirtiera al indígena en mano de obra remunerada y con educación orientada hacia su tecnificación. Pero no debemos olvidar que esa reforma agraria, desde el gobierno del MNR, tenía su antecedente en el informe de Mervin Bohan que planteaba el desarrollo agrario industrial del oriente boliviano.

La reforma provocó un conflicto campesino por el liderazgo, el MNR había introducido el “Sindicalismo Agrario” que, al parecer, buscaba eliminar la importancia de la antigua estructura de mando de las autoridades originarias, los caciques, que tenían crucial importancia antes de la revolución nacional de 1952. Se resalta la participación del movimiento indígena femenino organi-

zado que cumplió un rol protagónico en el ámbito del movimiento indígena. Desde el inicio de la lucha participó en las movilizaciones, especialmente en las marchas, cuando en la década de 1970 se vislumbró la necesidad de organizarse.

Un aspecto para resaltar son las propuestas del movimiento indígena más avanzado políticamente, relacionado con el indianismo y el katarismo, que se orientó hacia la participación política en los espacios de poder, con sus propias identidades políticas e ideológicas. Sobresalen el manifiesto de Tiwanaku de 1973 y el movimiento katarista promovido por los estudiantes universitarios, a través del Movimiento Universitario Julián Apaza (MUJA), que tenía como uno de sus planteamientos persistentes la constitución de un gobierno indígena. El trabajo concluye mostrando los movimientos indígenas del cambio iniciado, entre 1997 y el 2003 por Felipe Quispe, Alejo Véliz y Evo Morales.

De acuerdo a las nuevas tendencias teóricas, Roberto Choque y Cristina Quisbert se inscriben en la denominada “historia del presente” que en la historiografía tradicional, de fuerte influencia positivista, no está bien vista. Sin embargo, con *Historia de una lucha desigual*, Roberto Choque y Cristina Quisbert nos invitan a realizar una relectura de la realidad boliviana, mirando la historia desde otra óptica: la realidad indígena. Como decía el shuar, de los pueblos amazónicos ecuatorianos, Aij Juank, en su libro *Pueblo de Fuertes*: “con este texto queremos contribuir a que el hijo de nuestro pueblo que se inicia a la vida se haga consciente de pertenecer a un pueblo de valientes”.

Juan H. Jáuregui

Centro de Estudios para América Andina y Amazónica
(CEPAAA) Bolivia

GUADALUPE SOASTI TOSCANO, COMP., ***POLÍTICA, PARTICIPACIÓN Y CIUDADANÍA
EN EL PROCESO DE INDEPENDENCIA EN LA AMÉRICA ANDINA,***
QUITO, FUNDACIÓN KONRAD ADENAUER, 2008, 348 pp.

Uno de los resultados positivos que producen las conmemoraciones de los hechos que se consideran memorables es la oportunidad que brindan a sucesivas generaciones de historiadores de volver a estudiarlos desde las nuevas perspectivas que brinda el tiempo transcurrido. Porque si bien los acontecimientos históricos pasaron como pasaron, la forma como se los entiende va cambiando con cada nueva generación. Eso ha sucedido, sin duda, con la conmemoración de la independencia de América, cuyos estudios se han concentrado en torno al primer centenario, el sesquicentenario y, ahora, del bicentenario, que se está cumpliendo a partir del año 2009.